

ego, se agita
e haya redu-
la, y se sirve
sos.
ato ó blanco
; pero no se
caliente.
se reduce á
nche uno de
yema de un

via-plumas.

leche hir-
en con un
n poco de
roscada en

vos.

de huevos,
un con azú-
ndolo mu-
n momen-
le ron y se

por laza-
se levanta
je de ter-

n.—Es de
de delante
gar á una
nta de ter-
oca es de

32.

s y hebi-

o y para
e terciopelo
con bor-
las riza-
asa y el
es están
ullonado
le terciopelo
color con
luma ha-
lo como

paseo y
de ter-
con lazo
te, pasa
y un pá-
aiso.
elegantes
o esco-

TRACION

DE LA MODA

tera, 11.

ncipal.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 7.º — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

18 FEBRERO 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO. Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes de la estacion.—Vestido con paletot manteau.—Elegantes trajes de baile.—Vestido princesa escotado.—Vestido de terciopelo y faya.—Vestido guarnecido con encajes.—Cuerpo coraza escotado.—Vestido con cuerpo de aldetas.—Salida de baile.—Toquilla de encaje.—Vestido princesa cerrado atrás.—Vestido de faya rayada.—Cuerpo para traje de baile.—Vestido con túnica.—Sombrero de fieltro.—Sombrero de terciopelo.—Canastilla para la labor.—Entre-

dós de crochet.—LITERATURA: Bellezas de la ciencia, por José Echeagaray.—Ven á soñar, poesía, por J. F. Sanmartín y Aguirre.—En un álbum, por P. Sañudo Autran.—Es un sueño la vida, por Gustavo A. Becquer.—El bálsamo de las penas, por Angela Grassi.—Ecos de la corte, por Victor Cuende.—Charadas.—Consejos útiles.—Explicacion del figurín.

REVISTA DE MODAS.

Lo avanzado de la estacion y la proximidad de la Exposicion Universal de París, que segun vaticinios generales marcará una nueva fase en las modas femeninas, hace que permanezcan paralizadas en la actualidad, pudiendo decirse que hoy vive la moda de recuerdos y esperanzas. No obstante, siempre hay algun detalle nuevo que señalar, algun accesorio que dá carácter de novedad al traje, aunque este conserve la forma princesa, y las líneas correctas que forman la base del traje actual. En este caso están los adornos de felpa, tela que vuelve á recobrar el favor perdido, empleándose mucho en vestidos de combinacion y trajes para niños; algunos azules, forma de paletot con pasamanería en presillas para cerrarle por delante en todo su largo, y éstas de seda blanca ó gris perla, hacen un traje infantil de extraordinaria riqueza, y en plastrones en los vestidos ó formando el complemento de un manto de corte, tiene la felpa encantadores reflejos. Igualmente se emplea para sombreros, con gran aceptacion, ó en cintas de doble cara una de felpa, otra de faya, y se coloca en lazadas dobles al pié de un echarpe ó una túnica, luciendo las dos caras de la cinta. Este adorno presenta novedad. Tambien entre los adornos de las faldas parecen ganar terreno los tachones de dos colores ó de dos telas; es decir, que si se trata de un volante plegado, se hace á grupos de pliegues alternados con una gran tabla ó una solapa de la otra tela, ocupando iguales espacios ambos adornos hasta guarnecer el vuelo de una falda. Las solapas recobran gran favor, en cuerpos y puntas de las túnicas. En hechuras se conserva el vestido funda, armada toda la parte de encima de la falda sobre una de tela de poco precio, á la cual se fijan los adornos inferiores de la falda, y luego la parte superior, que es una prolongacion del cuerpo, se fija tambien ligeramente bullonada para formar con todo ello un solo vestido; esta parte de encima imita á veces un manto de corte cuadrado y ligeramente recogido en dos ó tres bullones sobre la falda inferior; otras figura una túnica de la que vuelven por delante y por detrás grandes solapas de otra tela, bajando del centro de las de atrás la gran cola postiza del traje con profusion de plegados y adornos. El centro de la espalda y pecho continúa admitiéndose de otra tela ó bien plegado á la religiosa y cerrando encima de este plastron el cuerpo con grandes vueltas di-



1 Y 2. TRAJES DE LA ESTACION.

1. Vestido con paletot manteau. (Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 4.)

2. Vestido con paletot manteau visto por detrás.

rectorio, ó en escote cuadrado forma bretona. En esta clase de vestidos montados, me recomiendan de París uno negro para recepcion ó comida, que puede hacerse tambien en colores oscuros. La falda interior de alpaca ó armure, va guarnecida de tres volantes, dos plegados y uno frunció por el centro, que si el vestido es de dos colores deberá ser del más oscuro, y la túnica princesa se abre redonda por delante sobre un delantal drapado en biés, con rico encaje chantilly. Por detrás el cuerpo se compone de seis pedazos, cuyas costuras se prolongan hasta modelar el cuerpo, terminan cada una con un pliegue

interior que presta vuelo al traje por detrás, formando el centro de la cola un paño torcido que va á morir debajo de la túnica, por el lado izquierdo, guarnecido igualmente de encaje. Este vestido en color verde bronce con los encajes negros, será de tanta riqueza y severidad como en el negro de faya ó raso que me describen. La combinacion para todos estos trajes de las telas brochadas y las telas lisas, siguen obteniendo la mayor aceptacion, y he recibido modelos de vestido verde agua con adornos de tela brochada gris perla, y de faya azul con terciopelo brochado azul y marron, que son de un gusto irreprochable; igualmente que otro en cachemir habana y terciopelo cortado de igual color, que era un modelo de distincion.

Los sombreros van disminuyendo con verdadera exageracion, y de edificios monumentales se van convirtiendo en un pequeño grupo ó pretesto de armadura que desaparece bajo encajes, flores y plumas; estos accesorios son los que le dan amplitud y vista, colocándose los adornos en bandó debajo del ala ó en grupo en la parte superior; algunos se adornan en corona, adorno que parece tener el privilegio de eternizarse, pero los más apreciados son los que forman grupos de encaje, de los que sale una bella pluma de avestruz ó un pájaro del paraíso. Las bridas en estos sombreros de vestir son indispensables, y el bandó que suele hacerse de raso ó encajes, se enriquece á un lado con un broche de coral ó de piedras finas.

En lencería hay mucho y bueno. Jamás los encajes han tenido tanta aplicacion, y las señoras que los poseen tienen infinitos adornos en que aprovecharlos. Los grandes cuellos y puños Richelieu de encaje, sobre un traje de color oscuro, dan á éste aspecto verdaderamente régio, y para ellos se utilizan encajes de punto de

Alençon, buenas imitaciones de Chantilly ó encaje inglés hecho por las mismas señoras, y del que tiene ofrecidos tantos modelos nuestro periódico. Este adorno y los fichus en punta ó en cuadro, hechos con entredoses y bulloncitos de tul, ó con encajes unidos unos á otros, han desterrado las corbatas que ya no son admisibles más que para atavíos de poca pretension. Las golas de gasa sirven tambien de remate á los escotes y mangas de los vestidos, y los cuellos lisos abiertos ó cuadrados enriquecidos con una corbata, son el lindo complemento de los vestidos de casa ó de salidas matinales; en estos

los hay, sin embargo, muy bellos, con tiras caladas al borde ó cenefas estampadas que acaban de darles carácter de poca pretension. La ropa blanca, en cambio, se enriquece mucho con encajes y bordados, aunque estos se prefieren estrechos y buenos á medianos y muy anchos; los escotes de camisa, pantalones y enaguas de diario, llevan pequeñas cenefas y valencienas estrechos, y los peñadores con ricas delanteras y cascadas de encaje entre cintas de color, contrastan con las *salidas de cama*, pequeños paletots de piqué ó franela blanca, sin más adorno que un feston ó un doblez á la máquina.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJE DE LA ESTACION.

(Patron en el pliego por el derecho núm. I, figuras 1 á 4).

Vestido de tricot con plegados de lo mismo en el bajo y paletot-manteau presentado por delante y por detrás en el grabado, hecho en tricot fuerte, adornado de piel ó de pluma y cerrado con broches de pasamanería y borlas: el croquis, de tamaño reducido, que acompaña al patron, muestra cómo se reúnen las diferentes piezas, montando el cuello alto en el abrigo para colocar encima la piel. Sombrero de terciopelo con faya y pluma.

3 Á 11. TRAJES PARA SALON.

3. *Vestido princesa escotado.*—La espalda va abierta en corazon, y su adorno en punta consiste en un bordado con sedas de colores y cuentas blancas sobre terciopelo oscuro, que continúa sobre el hombro y por delante en entredós hasta perderse en el delantal drapeado: el mismo adorno en punta se reproduce en el bajo del delantal, y la cola drapeada tambien: plegados de crespon en la manga y escote.

4. *Vestido princesa de terciopelo y faya.*—Ambas telas en terciopelo, granate el primero y faya azul pálido la segunda, hacen un traje majestuoso, adornado por abajo de bullones de terciopelo y volantes de faya, y el adorno que, guarneciendo todo el terciopelo figura pluma, es una cuádruple tira de faya deshilada montada en biés por delante con dos bullones del terciopelo, y continuando en todos los bordes. Lazos de terciopelo y faya: diadema de filigrana.

5. *Vestido princesa alto con encajes.*—Es de faya gris perla, con cascada de encaje á conchas que suben por los dos lados del delantal plegado en biés. Plaston en el pecho del mismo encaje, y adornada por detrás la falda con un plegado de faya al borde. Manga duquesa con volantes alternados de faya y encaje.

6 y 9. *Cuerpo coraza escotado.*—El vestido de faya blanco se adorna con un volante de tul doble de 20 centímetros de ancho, y el paño de adelante va adornado de un bullonado semejante oculto hasta la mitad por una túnica de tul brochado recogido con flores, cuerpo coraza abrochado con trencilla por detrás y plaston en punta de rizados de tul y flores. Plegados de tul alrededor del escote y manga.

7. *Vestido con cuerpo de aldetas.*—Es de faya verde ruso, con galones bordados de sedas y encaje chantilly, guarneciendo los drapeados de la túnica. Manga y plaston de pecho, fruncidos y adornados de galones: puños y cuello de encaje.

8. *Toquilla de encaje negro.*

10. *Salida de baile de cachemir* adornada con galones y fleco de seda.

11. *Vestido princesa cerrado por detras.*—Es de seda verde tarlatana brochado de plata y encajes, y el adorno se combina con estos últimos ingredientes, figurando un cuerpo prolongado de tarlatana que se baja por detrás á formar la cola. Salida de baile, esclavina de cachemir blanco guarnecida de cisne.

12. *Vestido princesa de faya rayada.*—(Patron en el pliego por el derecho, núm. VI, figura 26).—Es la tela de faya á rayas azul oscuro y azul claro, con la falda plegada ó bullonada en biés por delante, y por detras la cola añadida en biés y guarnecida la falda por abajo con volante y bullon con cabeza. Dolman de seda blanco ricamente bordado y guarnecido de cisne.

13 Y 14. CUERPO PARA TRAJE DE BAILE.

(El patron y explicacion de este cuerpo está en el pliego de patron por el derecho, núm. II, fig. 5 á 8.)

15 Y 16. VESTIDO CON TÚNICA.

(Patron en el pliego por el revés núm. VII, fig. 30 35.)

El primero, de belga gris, lleva la espalda de cachemir negro, y los dos van adornados de bieses de terciopelo negro de 8 centímetros de ancho, y un fleco de seda de 11 centímetros, del color de la tela. Las mangas y cuello del núm. 15 son tambien de terciopelo, y dos plegados de 20 centímetros adornan la falda. Segun el patron antes indicado, los delanteros, debajo del plaston que cierra á la izquierda, cierran con corchetes en el centro y con una costura hasta abajo; desde el costado se añade un pedazo de tela al hilo que forma drapería por detrás, como indica el núm. 15, y las medidas de largo y vuelo van marcadas en el mismo patron. Nuestros grabados indican suficientemente el adorno de la túnica, cerrando por delante con botones y plegados, y al otro lado del plaston un biés.

17. CANASTILLA PARA ROPA BLANCA.

(Dibujo y explicacion en el pliego por el derecho fig. 19.)

Aunque la explicacion de esta labor acompaña al dibujo, diremos que es de mimbre bordada, y lleva gran bolsa en la cubierta, hecha con lienzo crudo bordado de trencillas y terminada por borlas.

18. ENTREDÓS DE CROCHET Y TRENCILLA.

La trencilla forma el centro del entredós, llevando á cada lado tres vueltas de crochet; la primera en esta forma *: 5 barras, un punto de cadeneta, 5 barras en el mismo picot de las anteriores, un punto doble cogiendo los dos picots siguientes, y se repite *. Las otras dos vueltas no necesitan explicacion.

19 Y 20. SOMBREROS.

El primero es de fieltro color de oliva, con bullonado de seda del mismo color, retorcido de cinta que baja á formar las bridas y lazadas que sujetan una pluma de avestruz teñida de dos tonos.

El segundo, de terciopelo granate, va forrado de raso del mismo color, formando diadema bullonada con ruche de tul; lazadas de cinta de terciopelo por un lado y raso por otro, forman las lazadas y las bridas que se sujetan de trecho en trecho con anillas de metal. Ramo de rosas y pluma de avestruz.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



BELLEZAS DE LA CIENCIA. (I)

LA LUZ, EL SONIDO Y EL CALOR.

Á LAS SEÑORAS.

Voy á explicaros en breves palabras, en brevisimas frases, unas cuantas teorías de la fisica moderna de las más elevadas, de las más profundas, de las más difíciles, de las más trascendentales; os voy á explicar lo que son el sonido, la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y tantos y tantos otros fenómenos del universo. Tal vez me digais: «¿Para qué explicarnos eso si lo sabemos perfectamente? Luz es la que brota de nuestros ojos; sonido el que brota de nuestros labios; calor el que sentimos en las megillas cuando el rubor acude á ellas.» Es verdad, no lo niego, no tengo nada que explicar: por eso lo único que he de hacer será poner ante vosotras un espejo para que en ese espejo os mireis. Procedimiento muy natural tratándose de la naturaleza y de vosotras; porque puedo deciros, con verdad, que hay grandes puntos de contacto entre la naturaleza y la mujer; la naturaleza tambien es un tanto presumida, gusta de mirarse donde encuentra un pedazo de cristal, ya se le ofrezca la pura fuente, ya el tranquilo lago, ya el mar inmenso en azulada superficie; y cuando así se mira (y en esto se parece á vosotras), como en cristalino espejo, creedme, se encuentra *hecha un cielo*.

(1) De la *Crónica Universal Ilustrada*.

Digo, pues, que voy á explicar qué son el sonido, la luz, el calor, etc., y para ello cumplo mi palabra; tomo un espejo, imaginad un estanque, no el del Retiro, que es sobradamente prosaico, sino un estanque azul, ó dicho con más poesia, un lago puro, trasparente, tranquilo; imaginad que está rodeado de verdes praderas que forman como un bellissimo marco de esmeraldas. (En rigor, para mi demostracion no necesito ni la pradera ni el marco; pero así resultará más bonito). Imaginad en la orilla de ese estanque un rosal y suponed que una de las rosas, doblando su tallo y atraída por la frescura del agua, viene á sumergirse en ella. La cosa no es difícil hasta ahora; un lago puro, trasparente, etc., etc.; marco verde de esmeralda, de puro lujo, y la rosa que se sumerge en el agua. Imaginad que arroja una piedrecita al agua de ese lago, ¿qué sucede? Sucede lo que ya sabeis y habeis visto mil y mil veces; que alrededor del punto donde arrojásteis la piedrecita habrá agitacion; habrá movimiento; nacerá una ola; un círculo de plata, una onda acuosa que se irá engrandeciendo, ensanchando y dilatando, y que al fin vendrá á conmover dulcemente la rosa que se sumerge en la linfa del lago. ¿Habeis comprendido esto? No es muy difícil. Pues si habeis comprendido esto, habeis comprendido lo que son el sonido, la luz, el calor, tantas otras teorías de las más difíciles de la fisica. Hé aquí una ciencia pronto aprendida.

Y no es esto una imágen; si tuviera tiempo, si me atreviera, que no me atrevo, á molestar vuestra atencion, os demostraría que todos los fenómenos de la fisica, ó muchos de ellos, vienen á reducirse á este fenómeno elemental, sencillísimo, primitivo. Imaginad, en efecto, que pulsais la cuerda de un arpa; alrededor nacerá y crecerá una onda de aire, una esfera de aire, una esfera vibrante; la vibracion de la cuerda se esparcirá por el espacio; y así como por el choque de la piedrecilla que se arroja en el lago, las aguas se conmueven y poco á poco se va extendiendo y engrandeciendo el círculo del movimiento, ó sea la vibracion acuosa, así alrededor de la cuerda del arpa se extenderán las esferas de la vibracion aérea; esferas que, llevando en suspenso como misterioso sér alado las vibraciones musicales, transmitirán el sonido á todos los puntos del espacio hasta llegar á vosotras, y vosotras os conmoviereis dulcemente al contacto del sonido melodioso como la rosa del lago se conmovió al llegar á ella el bello círculo de plata que por el lago se extendia, porque bien habeis comprendido que vosotras sois, y no podiais menos de ser, la rosa de mi ejemplo.

¿Qué es, pues, el sonido? No es más que la vibracion que se extiende, que crece, que toma forma geométrica, que es esfera de vibracion, y de esta suerte viene á conmover nuestro ser.

Si yo pudiera, si yo tuviera tiempo, os haria comprender la diferencia que existe entre unos y otros sonidos; porque hay sonidos altos y sonidos bajos, que es lo que se llama intensidad del sonido, en el misterio físico, geométrico, mecánico de la melodía. Os podria explicar aún en términos claros, sencillos, evidentes, geométricos, qué es lo que se llama armonía; os haria ver que así como arrojando diversas piedrecillas en el estanque se forman alrededor de ellas muchas olas, muchos círculos que se cortan, y se tocan, y se unen, y se separan, y forman multitud de figuras geométricas de contornos extraños, de caprichosas labores, de rosas fantásticas en la superficie ántes serena del lago, así alrededor del instrumento musical se forman, se cruzan, se cortan, se dividen, se confunden esferas sonoras que, por decirlo así, pintan, dibujan, trazan en el espacio aquella misma música que viene á regalar nuestros oidos con sus divinos y maravillosos acordes, con su prodigiosa armonía.

Hay, pues una relacion inmediata, profunda entre los movimientos combinados y la armonía, entre el movimiento y el sonido. Y esto que digo del sonido lo pudiera decir de la luz. Mas, para explicaros qué es la luz, necesito hablaros dos palabras de lo que es el éter. Existe en la naturaleza una cosa que se llama éter; pero no creais que es ese líquido á que acudís cuando estais atacadas á los nervios; es otra cosa. Es un fluido elástico, eminentemente sutil; un vapor que nadie ha visto, que nadie ha tocado; un aire, una especie de gas semi-espiritual; y, sin embargo (creedme, bajo mi palabra, que soy incapaz de engañar á nadie), este éter existe, ocupa el espacio infinito, extendiéndose por do quiera, penetrando por todas partes. Pues bien, ese fluido semi-espiritual, ese vapor, ese aire, al vibrar da origen á la luz. La vibracion del éter es la luz, como la del aire es el sonido, como la del agua del lago la ola, el círculo, la forma geométrica que en el lago se dibujaba.

¿Quién pone en movimiento el éter? El cuerpo que arde, la bujía que usais, el mechero de gas que veis en la calle, el rayo de la luna en las noches tranquilas... en que hay luna, el sol que brilla en el espacio; y así, la bujía, el mechero de gas, la luna, el sol, son cuerpos vibrantes, son las cuerdas del arpa, son las piedrecillas

sonido, la
abra; tomo
Retiro, que
zul, ó dicho
tranquilo;
as que for-
(En rigor,
adera ni el
inad en la
una de las
rescura del
o es difícil
etc.; marco
que se su-
iedrecita al
ya sabeis y
punto don-
abrá movi-
una onda
do y dila-
nte la rosa
mprendido
udido esto,
z, el calor,
física. Hé

me atre-
encion, os
ca, ó mu-
meno ele-
en efecto,
erá y cre-
esfera vi-
por el es-
la que se
co á poco
del movi-
lor de la
vibracion
nisterioso
el sonido
sotras, y
o del so-
rió al lle-
go se ex-
vosotras
ejemplo.
vibracion
ométrica,
e á con-

prender
los; por-
o que se
co, geo-
licar aún
cos, qué
si como
o forman
s que se
forman
extraños,
superfi-
rumento
den, se
pintan,
ica que
maravi-

entre los
l movi-
pudiera
z, nece-
xiste en
o creais
scadas á
nimente-
adie ha
ual; y,
incapaz
cio in-
por to-
ese va-
oración
como la
métrica

po que
veis en
as... en
asi, la
pos vi-
ecillas



Pl. 344.

1302

EL CORREO DE LA MODA.
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel II^a, 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

que arrojamós en el estanque. Allí nace la vibración, la agitación, el movimiento, y alrededor de cada uno de esos centros luminosos se extiende la esfera de vibración del éter; y así como alrededor de las cuerdas del arpa se manifiestan y se extienden las esferas de las vibraciones sonoras, así las esferas que crecen alrededor del sol, y que á su alrededor se extienden, se extienden en los ámbitos del espacio, llegan á nuestro planeta, iluminan las montañas, iluminan los valles, y van llegando á todas partes, y llegan á vosotras, y ¡mirad qué atrevidas! penetran al través del limpio cristal de vuestros ojos, y despiertan en el fondo de vuestra retina la impresión luminosa.

Ya veis qué perfecta armonía, qué estrecha relación existe entre todos estos fenómenos y otros muchos de que os pudiera hablar; relación perfecta, admirable, matemática; porque así como antes os hablaba de notas musicales, de melodía y de armonía en el sonido musical, pudiera hablaros de las notas, de la melodía y de la armonía de la luz. Lo que son notas en la música, ¿qué son en la luz? Son los colores, el azul, el verde, el amarillo, el naranja, todos los colores del iris, verdaderas notas musicales de esa sublime gama del espacio. Todos ellos son con relación á la luz, lo que las notas de la escala musical con relación al sonido. También hay armonía en el cielo, orquestas sublimes y sublimes sinfonías.

¿Habeis visto alguna puesta del sol? ¡Aquel mar de fuego, aquellos esplendores indescriptibles, aquellos cortinajes de grana, aquellos flecos magníficos de oro, aquellos rayos de plata, toda aquella sorprendente combinación de colores? ¿Sabeis qué es eso? No es otra cosa que una orquesta en el cielo, que una sinfonía en el espacio, que una magnífica inspiración de Mozart de los cielos, con que despide al sol que se pone, ó con que saluda la alborada del sol que nace.

¿Qué es el calor? No tengo tiempo para explicarlo; pero os diré que es la misma vibración, el mismo movimiento de las moléculas que constituyen la materia; porque en la naturaleza, en lo que es la materia (no me refiero para nada á las altas cualidades del alma, á la excelencia del espíritu; no me atrevo á llegar á esta región; sólo me ocupo de los fenómenos materiales), porque en la naturaleza, repito, la mayor parte ó casi todos los fenómenos se reducen á movimientos y vibraciones, pero acompasados, regulares y sujetos á la ley, número, peso y medida. Todo vibra en la naturaleza, todo se agita, y podría decirlos, para valerme de comparaciones familiares, pero en confianza, que la naturaleza no es otra cosa que un inmenso ataque de *neurosis*.

Ya veis, pues, que la ciencia no es tan áspera, tan repulsiva, tan seca, tan prosaica como se imaginan algunos, no; la ciencia es reservada, es severa, es pudorosa, es virginal; la ciencia no es hallada por el que la busca á la ligera; tiene espinas como la rosa para quien quiere cogerla al paso; la ciencia es sólo para aquel que por ella se sacrifica y se quema la frente con el pensamiento, y se abraza los ojos sobre el libro, y se purifica el corazón, y la rinde perpetuo culto, y pasa horas y horas, días y días entregado á esa oración sublime que se llama estudio; porque el estudio profundo, intenso, puro, es como una oración al Dios de lo creado; la ciencia es buena, es tierna, es amorosa, sólo que no se entrega á la ligera al primer amor que la solicita; ¡ejemplo digno de meditación, señoras!

Y voy á concluir indicando una idea que varias veces he presentado ya. La ciencia, cuando sanamente se la estudia, cuando puramente se la considera, es eminentemente religiosa. Todos esos soles esparcidos por el espacio y todos esos magníficos globos de fuego, son como lirios gigantescos que con vibraciones de luz cantan la gloria de su Dios. Y alrededor de cada uno de esos magníficos astros, como alrededor de la piedrecilla arrojada en el estanque del rosál, nacen ondas de luz, esferas sublimes que vibrantes llevan las armonías por los espacios que los inundan de celestiales conciertos, y que cantando siempre la gloria de su Hacedor, se pierden inmensas en las profundidades infinitas del cielo.

JOSÉ ECHEGARAY.

VEN Á SOÑAR.

(Versos para recitar al piano.)

Brilla en el cielo la argentada luna,
Noche serena iluminando está
Y plateando las azules ondas
Baña la mar.

Céfiro juega con las tiernas flores
Y por doquiera revolando vá
Dulce, apacible, lleno del aroma
Primaveral.

Blando reposa el Universo en calma,
Duerme la tierra en armoniosa paz
Y el dios silencio por doquiera esparce
Su magestad.

Duermen las aves en sus lechos de hojas,
El hombre duerme en el callado hogar,
Y la natura misterioso sueño
Duerme quizás.

Ven á mi lado; mi ilusión querida,
Sueño que flotas en mi mente audaz,
Ven á mi lado, que te busco amante,
Ven á soñar.

Ven, que del astro que en la noche reina
La luz de plata nos alumbra ya;
Ven, que en la tierra ahora todo duerme,
Ven á soñar.

Que los delirios de la loca mente
Al sol no muestran su brillar fugaz,
De noche nacen, á la luna toman
Forma vital.

Ven á mi lado; mi ilusión querida,
Sueño que flotas en mi mente audaz,
Ven á mi lado, que te busco amante,
Ven á soñar.

JACINTO LABAILA.

EN UN ALBUM.

Cuando miro tus ojos azules
Empiezo á dudar,
Si el color han robado á los cielos
ó en ellos está.

Madrid, 1878.

P. SANUDO AUTRAN.

Es un sueño la vida,
Pero un sueño febril que dura un punto:
Cuando de él se despierta,
Se vé que todo es vanidad y humo...
¡Ojalá fuera un sueño
Muy largo y muy profundo;
Un sueño que durara hasta la muerte!...
Yo soñaría con mi amor y el tuyo.

GUSTAVO A. BECQUER.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

También su figura formaba un notable contraste con la de nuestro joven; su rostro era de una perfecta belleza y su rubia y rizada cabellera armonizaba perfectamente con sus ojos azules, vivos y penetrantes. Llevaba la cabeza erguida, silbaba en voz alta una canción de moda y tronchaba desapiadadamente con su bastoncito de junco el tallo de las flores.

Atravesó la plazuelita y fué á sentarse en el banco de piedra en donde se hallaba hacía tantas horas nuestro meditabundo joven.

Ni siquiera se miraron.

Pasaron algunos minutos.

El recién llegado, sin duda [de carácter más turbulento, tiraba piedras al aire, hacía el molinete con su bastón, arrancaba las ramas vecinas, se quitaba y ponía el sombrero y parecía haber resuelto el problema del movimiento continuo.

Una mariposa de doradas alas revoloteaba en torno de él, y fué á posarse en una modesta flor azul que había brotado casi milagrosamente junto al banco de piedra al cual abrazaba con sus verdes ramas.

El aturdido mancebo quiso espantar á la mariposa con su pañuelo y tronchó el tallo en donde reposaba. La mariposa cayó aleteando y moribunda junto al cáliz deshojado de la flor.

Nuestro joven pareció salir de un pesado letargo y lanzó un grito doloroso.

Su vecino levantó la cabeza.

Ambos se miraron: el uno sonriendo como quien ha llevado á cabo una hazaña, el otro con expresión de dulce reproche.

El invisible conductor magnético debió establecerse de improviso entre sus dos almas; ambos simpatizaron

—¡Pobre mariposa! ¡Pobre flor! murmuró en voz baja nuestro joven, sonriendo con tristeza.

—Y eso ¿qué vale? repuso vivamente su compañero.

—¡Ah! si fuese V. desgraciado comprendería cuánto vale la felicidad aunque se trate de insectos y de flores! ¡Hace mucho tiempo que estoy aquí! He visto á la triste flor abrirse á los primeros rayos del sol, extender sus pétalos bañados de rocío, enderezar su corola cargada de perfumes, casi podría decirse suspirar de amor...

Pasaron muchas mariposas de alas azules ó doradas, y todas fueron á libar el cáliz de otras flores. Esta quedaba siempre sola y se balanceaba melancólicamente al embate de la brisa cual si se lamentara de su cruel abandono. Luego apareció en el aire esa bella mariposa... al verla la flor azul irguió de nuevo su abatido tallo, cimbreó su ramaje... La mariposa fué divagando en torno largo rato... Despues, sin duda, tuvo compasión de ella y abatió su vuelo... La florecilla pareció estremecerse de alegría al darla abrigo en su cáliz... ¡y nada más! Usted ha tronchado la una y muerto á la otra... ¡pobre insecto! ¡pobrecita flor!

El joven había pronunciado estas palabras con la candida sencillez de un niño y permaneció con los ojos fijos en la mariposa que aleteaba todavía.

Su compañero, pensativo, escarbaba la arena con su bastón.

Hubo un momento de silencio.

—¿Es V. desgraciado? preguntó por fin vivamente este último.

Nuestro joven se sonrió sin responder.

—No es curiosidad, es interés, repuso el primero con ese abandono del corazón que excita imperiosamente á la franqueza.

—Es cierto que no me halaga demasiado la fortuna, respondió el interpelado, pero tampoco tengo por qué maldecir á la suerte.

—No quiere V. ser franco conmigo y hace bien; V. ignora mi nombre y no tiene ningún motivo para conocerme... Pues bien, yo daré el ejemplo; me llamo Eugenio de Salazar, y aún podría añadir que en un rincón de la Mancha hay un antiguo palacio perdido entre los bosques, que ostenta una corona de conde; ese palacio es mío. Pero yo pertenezco á la nobleza española, no hago caso de mis pergaminos más que cuando se trata de arreglar mi conducta á las estrictas leyes del honor. Mi carácter es independiente. No tengo hermanos; mis viejos padres, sin duda se han amoldado con demasiada tolerancia á mis caprichos de niño, porque soy en extremo aturdido y voluntarioso. He querido venir á Madrid, porque aquí se encuentra la libertad y la gloria. Soy abogado y escritor, ocupo un asiento en el Congreso y procuro consagrar á la felicidad de mi país todos los momentos que me dejan libres mis placeres. Soy alegre, tal vez frívolo, pero amigo de mis amigos. Me sobra el oro; la fortuna me abre de par en par las doradas puertas de su templo; pero aunque he dado muerte á la mariposa, no me gusta embriagarme sólo con sus dones. Puedo y quiero. ¿Me encuentra V. útil en algo?

Nuestro joven le cogió la mano con indecible efusión.

—Me llamo Cláudio Martínez, respondió.

Mi padre era un sábio. Había ejercido la medicina con la fé y la abnegación de un apóstol, y tuvo por consecuencia la muerte angustiosa de un mártir. Donde los demás ven un medio como otro cualquiera de allegar caudales, él veía la noble misión de imitar á la Providencia y esparcir por todas partes el consuelo y la ventura. Léjos de exigir retribución á los pobres, daba dinero para subvenir á sus necesidades; léjos de especular con las ficticias enfermedades de los ricos, se contentaba con darles sábios y desinteresados consejos. Solo tenía un vicio dominante; el de hacer bien, sin distinción ninguna. Todo el mundo lo sabe; jamás ningún menesteroso halló cerrado su bolsillo; ningún amigo su casa y su corazón. Amaba con delirio á su patria, y este amor y el que profesaba á los desvalidos, fué la causa de su ruina. Las conmociones políticas le arrebataron su escasa fortuna. Anduvo errante, encarcelado y perseguido...

¿Quiere V. creerlo? Por una fatalidad, que yo conceptúo muy extraña, sus amigos le abandonaron; hasta los pobres se le mostraron ingratos en su contraria suerte... Los disgustos alteraron su salud; se vió pobre, enfermo, desestimado, con cinco hijos, de los cuales el mayor era yo y contaba apenas quince años, y una esposa, joven todavía, pero agobiada también por los padecimientos.

Para colmo de infortunio, un ataque cerebral paralizó sus miembros y le imposibilitó de ejercer su honrosa facultad... Tenía á un hermano establecido en Madrid, casado, pero sin hijos, y pensó que lo mejor que podía hacer era venir á poner á los suyos bajo su amparo.

La desgracia no se había cansado de perseguirle; llegar á Madrid y morir aquel hermano, en el que había puesto su esperanza, fué todo una misma cosa... Nos encontramos aquí sólo, sin recursos, en una ciudad desconocida...



2. Vestido princesa escotado.

4. Vestido princesa de terciopelo y faya.

5. Vestido con encajes.

6. Cuerpo coraza escotado (Véase el núm. 9.)

7. Vestido con cuerpo de aldeta.

8. Toquilla de encaje.

9. Vestido con cuerpo coraza (Véase el núm. 6.)

10. Salida de baile.

11. Vestido princesa cerrado por atrás.

12. Vestido princesa de faya rayada.

Ayuntamiento de Madrid

Y sin embargo, el infeliz vivió aún doce años, ¡pero en qué estado! ¡El que había sido el mejor y el más sabio de los hombres, murió miserable, oscurecido, abandonado!... ¡Ah, perdón V. si he hablado tanto de él, si he encarecido tanto sus virtudes; ¡era mi padre!

—¿Pero no me ha dicho V. en qué punto ejerció su facultad? preguntó Eugenio con creciente interés.

—En Ciudad-Real.

—¿Y cree V. que todos le hayan olvidado?

—Oh, no; el bien es una semilla que jamás deja de florecer, pronto ó tarde, según le conviene á la Providencia. Mi padre no ha olvidado al sabio doctor que conservó la existencia de su hijo, y este hijo soy yo, Cláudio! Perdone V. que le llame así. ¡Su padre fué mi salvador, y yo espero que seremos amigos, ó más bien, hermanos!

Eugenio al hablar de este modo tenía las mejillas encendidas y los ojos centelleantes. ¡Era verdad aquel hecho, ó era solo una piadosa mentira inventada para dispensar su protección á Cláudio, sin que su orgullo y su delicadeza se resintieran en lo más mínimo?

—Veamos, prosiguió con entusiasmo. Su padre de V. ha muerto; V. es el jefe de la familia, compuesta de su madre y cuatro hermanos, ¿no es verdad?

—No; dos han muerto y quedamos tres. Tengo una hermana que es una santa, y procura por cuantos medios se hallan á su alcance minorar nuestras angustias, y un hermanito pequeño. Éste, el menor de todos, saludó la luz del sol en días muy aciagos.

Es endeble y contrahecho... Sus pocas fuerzas físicas le hacen inapto para un oficio; su debilidad intelectual no le permite entregarse á ningún estudio. Mi madre, como he dicho antes, está enferma y achacosa. Por último, mi abuela, porque también tengo una abuelita, es una pobre vieja de ochenta años, condenada á pasar sus postreros días entre privaciones.

—¿Y V. qué hace?

—¿Yo? Quería ejercer la noble facultad de mi padre, pero sus infortunios cortaron mi carrera.

He estudiado mucho, pero he estudiado solo... ¡No tengo títulos ni diplomas!

—Pero en fin, ¿qué es V.?

—Soy literato, dijo Cláudio ruborizándose, tras un breve rato de silencio.

—¿Escribe V. en algún periódico?

—¡No!

—¿Tiene V. algún editor de sus obras?

—¡No!

—Pues entonces, ¿qué hace V.?

—¡Ay Dios! hago lo que puedo.

Eugenio calló, y su mirada ántes tan franca se tornó recelosa!

Cláudio conoció que la idea de su incapacidad acababa de extinguir el interés que había sabido inspirar á su interlocutor. Quiso rehabilitarse á sus ojos y balbuceó tímidamente.

—Sé el inglés, el italiano y el francés; poseo un poco de música, doy lecciones de todo esto, y cuando no las encuentro, escribo hojas para los abogados.

Si, prosiguió animándose y con noble altivez; escribo hojas para los abogados y tengo orgullo de decirlo, porque con este trabajo gano honradamente el pan con que se mantiene mi familia!

Eugenio le estrechó la mano con efusión.

—¡Hé aquí, exclamó lleno de generoso entusiasmo, hé aquí como el accidente más pequeño de la vida sirve para llevar á cabo los misteriosos planes de la Providencia. V. ha contemplado durante dos horas los mártires de esa humilde flor, poetizándolos hasta lo infinito; yo la he troncado sin compasión, y de ese fútil incidente va á brotar nuestra amistad, y tal vez la fortuna de toda una familia. ¿En dónde vive V.?

Cláudio retiró su mano.

—Su padre de V. me salvó la vida, repuso Eugenio vivamente, si viviera correría á arrojarme entre sus brazos; ¡me cerrará V. los suyos? ¡será V. tan esquivo que me cierre su corazón?

Había tal abandono y tal verdad en estas palabras, que la delicadeza susceptible del pobre joven se encontró vencida.

—Vivo en la calle de San Vicente, núm. 88, dijo procurando ahogar su orgullo. Mi casa es humilde, pero honrada. Siempre será V. en ella el bien venido.

Eugenio sacó su reloj.

Cláudio fijó en la esfera una mirada anhelante, y al ver que la aguja apuntaba á las nueve, se levantó sobrescogido de espanto.

—¿Se va V. preguntó Eugenio asombrado.

—Sí; es muy tarde, balbuceó Cláudio, mucho más tarde de lo que yo creía.

—Contaba con que me acompañase V. á almorzar.

—Gracias, no puedo; me están aguardando, no puedo.

—¿Quiere V. que comamos juntos?

—Desde que murió mi padre, nunca dejo de ocupar su asiento.

—Pero quedemos en algo; ¿cuándo nos volveremos á ver? ¿quiere V. que mañana vaya á buscarle á su casa?

Cláudio no acertaba á responder; su turbación era tan grande, que Eugenio tuvo compasión de él.

—Sea V. mi amigo, y séalo sin reserva, repuso con dulce tono. Hay simpatías que no se explican; yo he simpatizado con V., y no porque sea pobre ni rico, sino porque los effluvis de su alma, buena y candorosa, se han mezclado con los effluvis de la mía. Las almas hermanas cuando se encuentran, se unen y se aman. No pretendo venderle protección; solicito su afecto; áme-me V. como yo le amo.

Las mejillas pálidas de Cláudio, se habían ido enrojeciendo al oírle hablar así. Era evidente que dos opuestos sentimientos luchaban en su corazón, pero por fin tomó su partido, y exclamó con noble entereza:

—Los pobres solemos ser sobrado orgullosos; confieso que me humillaba la idea de franquear mi modesta casa, á un extraño rico y habituado á vivir en otra esfera. Me avergüenzo de mi orgullo, y acepto la amistad sincera y leal con que V. me brinda. V. no tiene hermanos; desde hoy en adelante tendrá V. uno, que le será fiel hasta la muerte.

Hablando así, ambos llegaron á la puerta del Buen Retiro.

Aguardaba allí á Eugenio un criado que tenía del diestro á un hermoso caballo andaluz.

Los dos nuevos amigos se separaron, cambiando entre sí mil afectuosas protestas. Eugenio montó á caballo y siguió la calle de Alcalá; Cláudio se internó por la del Barquillo.

Iba tan de prisa, que su pecho se levantaba á impulso de los latidos de su corazón, y gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

—¡Es tarde, es tarde! murmuraba en voz baja, y ayer también era tarde...! ¡Maldito Retiro que ha de ser mi perdición!

A lo último de la calle del Barquillo, se veía una casa de magnífica apariencia. Cláudio entró en el portal y subió de tres en tres los escalones.

Llegó al cuarto segundo; la puerta estaba entornada, y empujándola bruscamente, atravesó la antesala y entró en un gabinete de estudio, adornado con sumo lujo.

Sentado delante de un escritorio, encima del cual se veían esparcidos muchos legajos de papeles, se hallaba un hombre de mediana edad, envuelto en una bata de terciopelo encarnado, y en cuyos dedos secos y angulosos brillaban muchos anillos. Estaba escribiendo; su pluma corría rápidamente sobre el papel, y este ruido y el del péndulo eran los únicos que turbaban el silencio que reinaba, no sólo en la estancia, sino en toda la casa.

Sin embargo, al oír el que produjo Cláudio al entrar, aquel hombre levantó la cabeza y le miró con irónica sonrisa.

También él era feo, pero su fealdad no estaba embellecida por la bondad del corazón; tenía la frente chata, los ojos hundidos, la nariz puntiaguda y angulosas las mejillas. Su color era cetrino, y la barba negra y espesa, daba un tinte más sombrío á su sombrío semblante. Mezclada á esta expresión torva, había una expresión inoble que revelaba la ausencia de una buena educación y de ideas elevadas y generosas. En presencia de aquel hombre, el alma se sentía sobrecogida de un repulsivo horror, como el que se experimenta á la vista de un reptil inmundado.

Y no obstante, se llamaba D. Pedro de la Gámbara; era un notario acreditado, dueño de la casa en que vivía y de otras dos situadas en la calle del Arenal. Podía llamarse hombre rico, aun en Madrid, en donde hay tantos que lo son ó aparentan serlo de una manera fabulosa, y merced á este título, tenía su pequeña corte de aduladores, en la cual brillaba como despótico monarca.

También pasaba por agudo é ingenioso, porque á veces la desvergüenza y la maldad del corazón, que se permite decir cuanto puede ofender á los demás, pasa en el mundo por agudeza y gracia.

Hablando mal de nuestros amigos, siempre halláremos eco en cuantos nos rodean, y en general, los graciosos que á trueque de decir un chiste, ponen en ridículo á la persona más respetable, suelen ser bien acogidos y aun buscados.

Gámbara hablaba con incisivo sarcasmo, porque la envidia le roía las entrañas. Deseaba labrarse un pedestal con los despojos de cuantos valían más que él, careciendo de propio mérito, y sus chistes siempre esparcían sobre las reputaciones ajenas, una indeleble mancha calumniosa. Pero los necios le aplaudían, y él, al par que por su reputación creciente, se felicitaba por los hermosos doblones con que aumentaba su tesoro.

Es verdad que casi todos eran el fruto de los ahorros de la pobre viuda, ó el escaso patrimonio del huérfano desvalido; pero el mundo le quería así, y para él que no tenía más ídolo que el mundo, ¿á qué tomarse el trabajo de ser honrado y compasivo?

Después de haber contemplado á Claudio en silencio durante un breve instante, le señaló con el dedo la aguja del reloj que volaba con una rapidez inaudita.

Cláudio inclinó la cabeza sobre el pecho, como un reo contrito, y no acertó á balbucear ni la más leve excusa.

El notario volvió á trazar sus rasgos sobre el papel con igual precipitación que ántes, y pareció haber olvidado la presencia del pobre joven.

Hubo un intervalo de silencio.

Cláudio, por fin, después de dar muchas vueltas entre sus manos al sombrero, se acercó tímidamente á la mesa y cogió algunos papeles.

Gámbara levantó la cabeza.

—Esta V. de más aquí, le dijo con una calma glacial. Esa es la puerta.

Cláudio se puso alternativamente pálido y encendido.

—Señor, balbuceó con voz entrecortada, he hecho mal, lo conozco, muy mal... Esta mañana tenía calentura... sentía una imperiosa necesidad de que refrescase mi frente la brisa de la mañana!... He ido al Retiro, ¡estaba tan hermoso! ¡Yo no sé como se me ha pasado la hora! Pero le prometo á V. no volver á entrar en él.

—Yo no me meto en los negocios ajenos, respondió bruscamente el notario sin dejar de escribir; yo no soy ni su padre ni su preceptor. Pasee V. todo el día, si eso le acomoda; pero yo necesito un escribiente más activo, y lo he hallado en mi sobrino.

Vaya V. con Dios.

—Creo que no me he atrasado más que diez minutos, exclamó vivamente Cláudio.

—Diez minutos pueden representar diez mil reales, y yo no quiero perderlos por la morosidad de una persona á quien pago para que me sirva. Vaya V. con Dios.

Cláudio quedó inmóvil como si sus pies se hubiesen adherido al pavimento.

Trascurrieron algunos segundos.

—¿Es V. sordo? exclamó por fin el notario con tono brutal.

Cláudio se dejó caer sobre una silla y prorrumpió en sollozos.

—¡Oh! exclamó fuera de sí, ¡mi madre! ¡mis hermanos, mi pobre abuela!

El notario se encogió de hombros y refunfuñó en voz baja.

—Hace un mes que está aquí mi sobrino á mesa y mantel sin hacer nada, y por necias consideraciones iba sosteniendo á un haragán ¡Que me digan después que la caridad sirve para algo!

—¡Oh! yo trabajaré exclamó Cláudio con voz suplicante.

—Basta; he dicho que no.

—¡Pero esto no es posible! repuso el triste joven retorciéndose las manos con desesperación. No tenemos más recursos que lo poco que V. me dá... debemos el alquiler de la casa... ¡ocho días! Concédame V. ocho días de tiempo para buscar otra colocación. ¡Yo prometo trabajar incesantemente aunque tenga que morir después!

—Ni ocho días, ni ocho minutos: es cosa resuelta, ¡no me importune V. más!

Cláudio levantó la cabeza: en sus ojos inundados de lágrimas brillaba un rayo de salvaje cólera.

—Entonces, dijo, págume V. los veinte días que van de este mes.

El notario depuso la pluma en el tintero, cruzó los brazos sobre el pecho y fijó en el joven sus ojillos pardos que despedían un fulgor siniestro.

—Pagarle á V. estos veinte días, gritó con voz chillona. Pero mentecato, yo soy por el contrario quien debería exigirle que me resarciera de los perjuicios que me ha causado! En estos últimos tres días no ha hecho V. más que emborronar papel... Estas tres copias de testamento se tienen que rehacer... ¡Qué letra tan desigual é ininteligible! ¡cuántas erratas!

—Estaba enfermo.

—Pues haberse quedado en la cama.

—Y mi familia!

El notario se encogió de hombros.

—¡Ay, murmuró dolorosamente Cláudio; dentro de poco no tendré ni aun cama en donde reclinar la cabeza!

—El hospital es grande, se apresuró á decir Gámbara con tono despreciativo.

El joven echó sobre aquel hombre sórdido una mirada de supremo desdén; y cogiendo su sombrero salió precipitadamente de la estancia.

—¡Eh! ¡eh! dijo el notario entre dientes. ¡Estos sabios del día lo aprenden todo y no saben nada! ¡Quiere entender de literatura y no alcanza á ser copista!

Cuando Cláudio antesala, sintió dulce voz que —¡Paciencia! á nadie!

Volvióse Cláudio y blaba era la más que de tierna y profu

Juana, que nomía tenía u de una tristet

—Mi marido tiene á veces r

Puso en la r añadió con vo

—Es muy p su madre.

Se alejó pre al umbral de l helante.

—¡Míreme V necesita algun

Y desapare movido.

Llevóse éste labios, y excl

—¡Santa y algun día pue

Y salió pre tra su corazón

Aquel día h Dios, que no :

había hecho h cho experimen

santas é inefal Llegó á su c

A medida q enrojeciend

despedido y d en vez de la p

dita de plata, des del día!

Con el cor: asta el últin

bres no temen

Y, no obsta aspecto repug

desplegado p muebles eran

no los cubría eran vastas, p

balcon se veía que aquella c

que la eleganc gusto de la co

A pesar de cierto bienest nomía.

Aquella ha cina. La prim

mian las tres labor, la segu

á Claudio y á

A la sazón una joven sen

á ella á un ti

do en una jat

illas, sin duc

tenía puesta t

abeza; pareci

Al contrari

ostro muy bi

lla actitud es

defectos de su

minaba su ex

orobado, sus

San á sostene

Nicolás no

ar. ¡Por qué

En la silla

dibujos y un

Nicolás ten

carecía absol

lores y pincel

mano á costa

de los ahorros
del huérfano
para él que no
arise el trabajo

lio en silencio
dedo la aguja
lita.

, como un reo
s leve excusa.
e el papel con
ber olvidado

vuelatas entre
nte á la mesa

alma glacial.

y encendido.
e hecho mal,
calentura...
case mi fren-
estaba tan
horaj Pero

, respondió
; yo no soy
lia, si eso le
ás activo, y

ez minutos,

il reales, y
na persona
Dios.

e hubiesen

con tono

rumpió en

is herma-

ón en voz

á mesa y
ciones iba
ues que la

voz su-

ren retor-

mos más

alquiler

de tiem-

bajar in-

elta, jno

lados de

que van

ruzó los

s pardos

chillo.

n debe-

me ha

V. más

amento

inint-

entro de

abeza!

mbara

na mi-

o salió

sábios

re en-

Cuando Cláudio, ciego de desesperación atravesó la antesala, sintió que una mano cogía la suya, y oyó una dulce voz que le decía al oído:

—¡Paciencia, hijo mío, paciencia! ¡Dios no abandona á nadie!

Volvióse Cláudio presuroso, y vió que la que le hablaba era la esposa del notario. Nunca la había visto más que de paso; pero sentía hacia ella una simpatía tierna y profunda.

Juana, que así se llamaba, era alta, pálida, y su fisonomía tenía una expresión de cédica dulzura, al par que de una tristeza resignada y digna.

—Mi marido, repuso en voz baja la bondadosa señora, tiene á veces momentos de mal humor.

Puso en la mano del joven una monedita de plata, y añadió con voz trémula y ademán turbado:

—Es muy poco: es cuanto poseo... Guárdela V. para su madre.

Se alejó precipitadamente al decir esto; pero al llegar al umbral de la puerta se volvió, y exclamó con voz anhelante:

—Míreme V. como si fuera su madre... vuelva V. si necesita algun consuelo.

Y desapareció, dejando á Claudio confuso y conmovido.

Llevóse éste con apasionada gratitud la moneda á sus labios, y exclamó inundándola de lágrimas.

—¡Santa y bendita limosna! ¡Ah, plegue á Dios que algun día pueda devolvérsela centuplicada!

Y salió precipitadamente á la calle, estrechando contra su corazón su pequeño tesoro.

Aquel día había sido muy terrible para el infeliz; pero Dios, que no abandona á los pobres y á los afligidos, le había hecho hallar á dos buenos corazones; le había hecho experimentar, junto con su amarga pesadumbre, dos santas é inefables alegrías.

Llegó á su casa.

A medida que se acercaba á ella sus mejillas se iban enrojeciendo. ¡Cómo decir á su madre que había sido despedido y despedido por su culpa! ¡Cómo decirle que en vez de la paga anhelada, sólo llevaba aquella monedita de plata, bastante apenas para salir de las necesidades del día!

Con el corazón palpitante subió la escalera y llegó hasta el último piso; la puerta estaba abierta; los pobres no temen á los ladrones.

Y, no obstante, aquella reducida casita no ofrecía el aspecto repugnante de los que viven en la miseria. Véase desplegado por todas partes el lujo de los pobres. Los muebles eran viejos, muy viejos y muy antiguos, pero no los cubría ni un solo átomo de polvo. Las cortinillas eran vastas, pero blancas como la nieve, y delante del balcón se veían algunas macetas de flores. Podíase decir que aquella casita estaba adornada con elegancia, porque la elegancia no la constituye el oropel sino el buen gusto de la colocación y el esmero de la limpieza.

A pesar de la modestia del mueblaje, respirábase allí cierto bienestar, producido por los milagros de la economía.

Aquella habitación constaba de dos piecitas y la cocina. La primera era una sala con alcoba, donde dormían las tres mujeres y estaban siempre éstas para hacer labor, la segunda un gabinete que servía de dormitorio á Claudio y á su hermano.

A la sazón, en la primera de estas dos piezas veíase á una joven sentada delante del balcón cosiendo, y junto á ella á un tierno adolescente, casi pudiera decirse metido en una jaula, pues estaba sentado y rodeado de tres sillas, sin duda para impedir que se cayera. Detrás de él tenía puesta una almohada en la cual había reclinado la cabeza; parecía dormir.

Al contrario de su hermano, el jovencillo tenía un rostro muy bello, aunque pálido y demacrado. En aquella actitud estaba mucho más bello, no advirtiéndose los defectos de su constitución, porque un humor escrofuloso minaba su existencia desde la niñez, y además de ser casi probado, sus rodillas eran tan débiles que no acertaban á sostener el peso de su cuerpo.

Nicolás no servía para nada; nada más que para llorar. ¡Por qué había venido al mundo?

En la silla que tenía delante había un lápiz, algunos dibujos y una caja de colores.

Nicolás tenía una verdadera pasión por dibujar, pero carecía absolutamente de maestro, y áun los escasos colores y pinceles que poseía, se los iba regalando su hermano á costa de mil afanes.

(Se continuará.)

Retiramos nuestra revista de hoy para tomar del ilustrado periódico *El Tiempo* el siguiente curioso artículo que leerán sin duda con gusto nuestras amables suscriptoras.

CEREMONIAL DEL CÓNCLAVE.

En los momentos presentes, en que la muerte de Pío IX llena de luto el orbe católico, en estos momentos, sobre los que tanto, políticos y católicos han pensado desde há tiempo por la situación especial en que la Iglesia se encuentra y las consecuencias que á Europa y al mundo entero ha de traer la manera como se resuelvan las cuestiones, todos los ojos están vueltos hacia Roma, y ha de ser interesante sin duda para nuestros lectores conocer el ceremonial, sitio, forma y detalles cómo el Cónclave se verifica y manera de regirse la Iglesia, Sede vacante, por más que esto no sea ignorado.

El cardenal camarlengo, hoy monseñor Pecci, apénas muerto el Papa, habrá ocupado el palacio del Vaticano, resumiendo los poderes, juntamente con los tres cardenales jefes de las tres órdenes del Sacro Colegio y los cuales los ejercen hasta tres días después de reunido el Cónclave, sucediéndose después de tres en tres días los que siguen en el orden de antigüedad.

Tiempo hace que el colegio de cardenales se ocupaba de resolver anticipadamente los casos que á la muerte del Pontífice actual podían sobrevenir, estando de este modo preparado á todo evento. La primera desde luego era el punto donde el Cónclave debería reunirse, y era cosa acordada que esto sucedería en Roma, si actos violentos ó presión del gobierno italiano no le obligaban á abandonar aquella ciudad y buscar otro refugio.

Esperamos, pues, que será en Roma, y el Cónclave se reunirá en el Vaticano.

El lugar donde éste ha de verificarse estará arreglado para el día que los cardenales deban entrar en él concluidos los funerales. Un Cónclave en verano en el Vaticano es realmente mortífero; con horror recuerdan el de 1623, que sólo duró desde el 29 de Julio al 6 de Agosto, y que terminó con la elección del cardenal Barberini, Urbano VIII, en que murieron casi todos los conclavistas y la mayor parte de los cardenales. Confiamos que en el presente, en distinta época del año, no sucederá otro tanto.

Hé aquí cómo el local ha sido arreglado otras veces y positivamente lo será ésta. Se ocupa por completo la gran galería de la Bendición, que está situada sobre el pórtico que da entrada á la iglesia de San Pedro y las grandes salas inmediatas. En ellas se construyen de madera sobre vigas, colocadas al largo y al ancho, tantas celdas cuantos son los cardenales, numeradas y distantes un pie una de otra. Sólo sobre el pórtico caben 70. Cada celda se compone de un pequeño cuarto de 18 palmos de largo por 15 de ancho, donde tiene la cama el cardenal, otra al lado, y una pequeña escalera que conduce á una especie de sotanillo, donde hay dos cuartitos para los conclavistas que acompañan al cardenal.

La celda no tiene puerta y debe permanecer abierta; pero cuando el que la ocupa no quiere que se entre, lo indica con dos barros de madera colocados á la entrada en forma de cruz.

Se cubren de bayeta, que deberá ser morada la de los cardenales creados por el Papa muerto, y verde la de los anteriores á su elección.

Las celdas se sortean, pues las hay más y menos cómodas; la que cae sobre el arco central parece que es la mejor de todas.

El importe de la construcción de las celdas debe pagarle el cardenal, vaya ó no vaya; en el siglo pasado costaba sobre 1.200 liras.

En cambio, una vez entrados en Cónclave, el mantenimiento corre por cuenta de la Cámara apostólica, y hasta está dispuesto que si llegaren regalos de comestibles para el Papa difunto se distribuyan al sacro colegio.

Todo el local, dispuesto como acabamos de referir, se cierra completamente, se tabican los arcos de la galería, la gran ventana de la bendición y cuantas puertas hay en estas habitaciones, dejándose solamente en cada muro de estos un pequeño hueco en lo alto para la renovación del aire.

En algunas de estas paredes provisionales se colocan tornos como los de las monjas, y por ellos se introduce la comida y lo que necesiten, siendo muy vigilado todo á la entrada.

Sólo falta una pequeña ventana de que hablar; la de la puerta de la escalera régia. Por ella es por donde comunican los embajadores y ministros con el sacro colegio. Ventana que inmediatamente después de terminar la audiencia se cierra.

De todas las puertas sólo la que de la sala régia conduce á la escalera, no se tabica. Por ella, si ocurriese, pueden entrar y salir los cardenales, pero esta puerta se

cierra con cuatro llaves; las dos exteriores se confían al *mariscal del Cónclave*; las interiores una al cardenal camarlengo, otra al maestro de ceremonias.

El principal cuidado, una vez en Cónclave, es que nada de lo que allí pasa se pueda saber y que no penetre ninguna noticia. Los tornos, como ya hemos dicho, están sumamente vigilados por dentro y fuera, solo se abren á determinadas horas, y los encargados de su custodia leen y sellan las cartas que salen, lo mismo que las que entran.

En la primera noche, después de cerrado el Cónclave, los criados y acompañantes de los cardenales juran en la capilla *Paolina* sobre los Santos Evangelios no decir jamás lo que pudieran ver u oír.

Las relaciones de los cardenales en Cónclave, como todas las de la corte de Roma, son ceremoniosas. Cada cardenal debe visitar á los demás, estando solo dispensados los enfermos y decrépitos, que envían tarjeta. El que visita va acompañado de uno ó dos conclavistas, que deben llevar la lista con los nombres de todos los cardenales y el número de la celda que ocupan.

El cardenal va vestido de sotana, faja y muceta, y lo mismo debe estar el que recibe. Está permitido recibir juntos varios cardenales y darles limonada, chocolate, café. Si la visita concluyese de noche, el conclavista camarero del visitado debe acompañar hasta su celda al visitante con dos candeleros y las velas encendidas.

Si ocurriese que algun cardenal llega después de entrados los demás en Cónclave, deberá éste seguir un ceremonioso ritual que empezaba ántes desde la salida de su casa habitación hasta llegar á San Pedro, y que por la situación actual de Roma tendrá solo lugar desde que entre en la iglesia.

La mañana del día fijado deberá visitar San Pedro, yendo vestido de sotana, faja, roquete y muceta; llegado á la morada del *mariscal del Cónclave*, ó sea el jefe de la guardia, éste sale á recibirlo y lo introduce en su casa; allí está preparado un refresco, y á la una se dirigen á la *sala ducal*: estando en ella, se avisa por medio de una campanilla al Cónclave, que deberá recibirlo vestido igualmente como acabamos de decir.

Al llegar á la puerta, mientras el cardenal abre la llave interna, debe abrir el mariscal la externa. Lo reciben á la entrada el camarlengo y los jefes de las tres órdenes, y después de las felicitaciones y abrazos correspondientes entre cardenales y conclavistas, se dirigen todos á la capilla para que los recién entrados juren el secreto.

Más soluciones á la charada *Caridad* que apareció en el núm. 3 de *EL CORREO* correspondiente al 18 de Enero, por las Sras. Doña María Padró viuda de Espinalt, de Manresa; Doña María Ignacia Martínez, de Tarazona; Doña Carolina Vides, de Reus; Doña Paula Minguez Broto, de Santa Cruz; Doña Leonor Vidal, de Barcelona, y Doña Carmen Querol, de Santander.

Soluciones á la charada que apareció en el núm. 5 de *EL CORREO* correspondiente al 2 de Febrero, por las Señoras Doña Tomasa Barrio de Nestar, de Cervera de Rio Pisuerga; Doña Carmen Montes, de Talavera; Doña Emilia Rubio, de Sigüenza; Doña Clara Ponciano, de Calatayud; Doña Gamersinda Verdes, de Toledo; Doña Justa Valero, de Madrid, y D. Antonio Zafra Jimenez, de Carcabuey.

AFEMINADO.

CHARADA.

Nunca diré la primera
Que fuera mucho decir,
Y cuando sabios lo callan,
¡Qué dire, pobre de mí!

Pero la segunda puedo
Á un criado prescribir
Con imperativo modo,
Si bien me parece así.

También puedo por la tercera
En falucho, ó bergantín
navegar, haciendo rumbo
Hacia el Ferrol, ó el Carril.

Y contestarle la cuarta
Al que me venga á pedir
Aunque sea el todo, mi amigo
Desde la edad infantil.

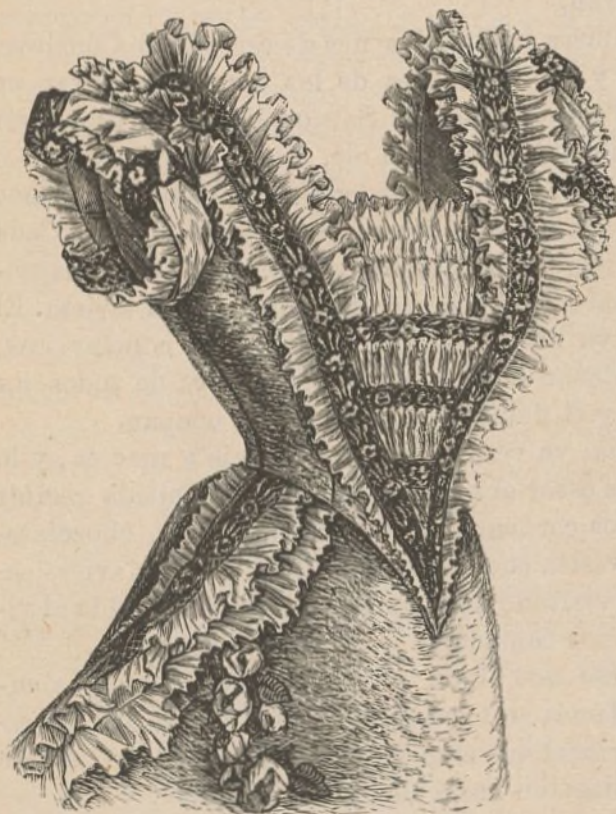
Y cuyo nombre no digo
Pues lector, te toca á tí.

JOAQUIN RAMA.

CORRESPONDENCIA.

María Luisa.—En sociedad, querida señorita, debe decirse la verdad, pero no toda la verdad, si no se quiere vivir en guerra abierta con ella. No hay necesidad de ser falsa para disimular y tolerar los pequeños defectos ó las pequeñas ridiculeces.

Nada gana la verdad con que diga V. á una amiga que es fea ó que está mal vestida. Créame V. á mí que hablo por experien-



13. Cuerpo para traje de baile. (Patron y explicacion: pliego por el derecho, núm. II, figs. 5 á 8.)

cia: las personas que ofenden el amor propio de las demás, se encuentran en breve aisladas. No hay necesidad de adular: cuando una cosa no nos gusta, basta guardar silencio sobre ella. Muchas veces los que blasonan de ser francos no toleran que se les trate con la menor franqueza. Guarde usted en sociedad una prudente reserva, y absténgase de motejar los defectos ajenos; porque se expone, como ha sucedido, á que esgriman contra V. las mismas armas emponzoñando la tranquilidad de su vida.

Lucrecia: Santa María de Noviercas.—Por fin pude conseguir de tu hermano que te suscribiese al CORREO DE LA MODA. —*Cármen.*

Lucia: Es muy difícil indicar á V. la música más apropiada para piano, sin saber lo que es V. capaz de ejecutar. Es más seguro que consulte V. á su profesor.

Para combatir la tos ferina tan frecuente en los niños en esta época del año, se coloca en un vaso un huevo de gallina fresco



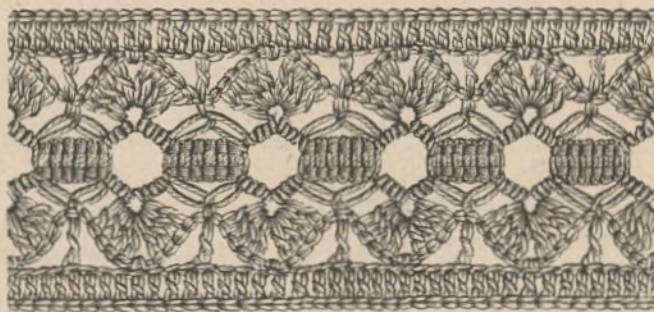
19. Sombrero de fieltro.



15 y 16. Vestido con túnica. (Patron: pliego por el revés núm. VII, figs. 30 á 35.)



17. Canastilla para ropa blanca. (Dibujo y explicacion: pliego por el derecho, fig. 19.)



18. Entredós de crochet.

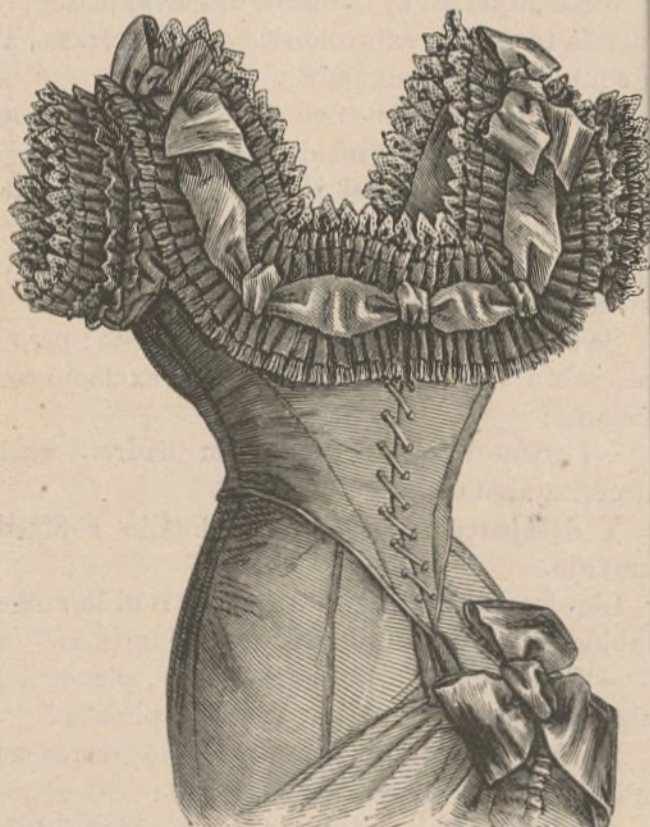
y se echan encima algunas gotas de zumo de limón, tapándose el vaso y dejándolo así durante doce horas, al cabo de las cuales, obrando el ácido sobre la cáscara del huevo, la líquida, dando por resultado una disolución de color blancuzco. Se añade un poco de azúcar piedra y se administra á cucharaditas.

Para combatir los resfriados en las personas adultas y obtener un copioso sudor, se pelan cinco ó seis granos de cacao en crudo, poniéndolos á hervir en taza y media de agua, como para tomar café, hasta que quede en una. Se añade un poco de manteca de cacao y se toma con azúcar, lo más caliente que se pueda y ya metidos en la cama.

Explicacion del Figurin 1302.

TRAJES DE BAILE.

FIG. 1.ª Es de tarlatana verde agua y tul. De lo primero, el cuerpo coraza y la falda con cola añadida y el delantero de la falda. Ambas cosas van cubiertas de volantitos rizados que producen un efecto elegante



14. Cuerpo para traje de baile. (Patron: pliego por el derecho, núm. II, fig. 5 á 8.)

y vaporoso. Ramos de flores acuáticas adornan el costado, la cola y el pecho; grupo de las mismas flores en el cabello. La manguita corta del vestido deja ver otra plegada de tarlatana blanca. Guantes blancos largos con aro de oro; collar de cuentas de oro y abanico negro con país de encaje.

FIG. 2.ª Vestido de tarlatana y faja rosa.—La disposicion de este vestido no puede ser más caprichosa y distinguida. El delantero, de tarlatana, de color más subido, va cubierto de volantitos hasta la tercera parte de su altura, como asimismo la cola, añadida, de color más bajo. De este mismo color baja un echarpe del talle; recogida con ramos de flores. Las mismas flores terminan el cuerpo coraza y bajan formando caídas en los dos costados. El cuerpo coraza, que es de faja, lleva dos rufes de tarlatana formando tirantes. Camiseta y mangas cortas de tarlatana blanca. Las mismas flores adornan el peinado, juntamente con una peinetita de oro, y orillan los guantes largos, sujetos además con un aro de oro. Abanico de oro con país formado de plumas blancas.



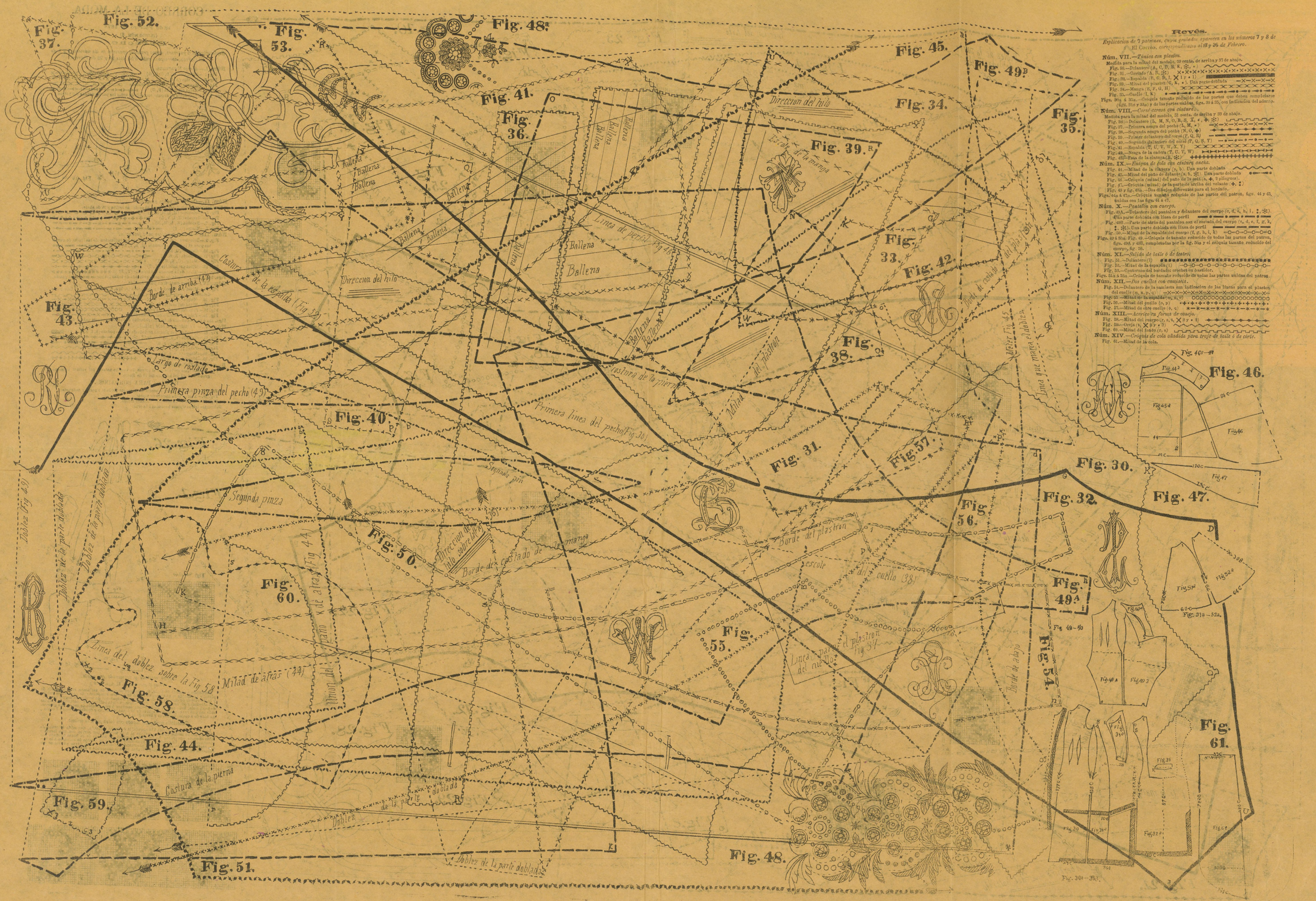
20. Sombrero de terciopelo.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª y 4.ª Edicion recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1302, y las de 1.ª, 2.ª y 4.ª el pliego de patrones.

Editor-propietario, Cárlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administracion: Montera, 11, Madrid.



Revés.

Explicación de 7 patrones, cuyos guilanes aparecen en los números 7 y 8 de El Correo, correspondientes al 18 y 20 de Febrero.

Núm. VII.—Técnicas con plastrón.

Medida para la mitad del modelo, 38 cent. de arriba y 37 de abajo.

Fig. 37.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 38.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 39.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 40.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 41.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 42.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 43.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 44.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 45.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 46.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 47.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 48.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 49.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 50.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 51.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 52.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 53.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 54.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 55.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 56.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 57.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 58.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 59.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 60.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 61.—Doblez (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).